

Guadalupe de México, por el Dr. D. José Miguel Guri-
di y Alcover. México, 1820.

13.^a *Baluartes de México*, por el licenciado D. Ma-
riano Fernández de Echevarría y Veytia. México, 1820.

14.^a *La aparición de Nuestra Señora de Guadalupe
de México, comprobada con documentos históricos y de-
fendida de las impugnaciones que se le han hecho*: su
autor el licenciado D. Julián Tornel y Mendivil. Oriza-
ba, 1849.

15.^a *Disertación histórica sobre la aparición de la por-
tentosa Imagen de María Santísima de Guadalupe de
México*, por el Dr. D. Francisco Javier Conde y Oquen-
do. México, 1852.

En las siguientes páginas daremos razón de una de
las obras que constan en la lista que precede, por ser la
que más cumple con nuestro objeto.

LIBRO II

DISERTACION HISTÓRICA

EXTRACTADA DE LA OBRA ESCRITA

POR EL

DR. D. FRANCISCO JAVIER CONDE Y OQUENDO



Capítulo I

El prólogo de Conde y Oquendo

DIERON motivo á D. Francisco Javier Conde y Oquendo para escribir su disertación histórica sobre la Aparición, los siguientes hechos, por él mismo referidos. En la *Gaceta de México* del 27 de Diciembre de 1785 apareció una noticia que decía:

«Queda empeñado y con la mano puesta en la obra,
»un americano, vecino de esta córte, para dar sin pérdida de tiempo á la estampa, si se le concede licencia;
»un *manifiesto satisfactorio* sobre asunto de la Aparición
»de Nuestra Señora de Guadalupe, y hacer ver una copia
»de la Santa Imágen de nueva y plausible idea; la cual se
»reduce á efectuar dicha copia en un *ayate* idéntico al de
»la capa de Juan Diego, por mano de tres pintores hábiles,
»y en los mismos tres estilos de pintura que son: al *óleo*,
»al *aguazo* y al *temple*, como están en el original, *si la cosa*
»*fuese asequible*, y si no, ya cuidará el autor del pensa-

»miento de exponer sus razones oportunamente y de un
»modo ó de otro siempre quedará constancia pública del
»hecho para memoria de la posteridad.»

Las personas sensatas y piadosas no demostraron alarma alguna por tal anuncio, pero los ignorantes ó en exceso timoratos, creyeron que se trataba de quitar su crédito á la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, á la cual México adora como pintura celestial y milagrosa.

Esta alarma inspiró á un devoto un anónimo contra quien intentaba la atrevida empresa anunciada por la *Gaceta*, y el 18 de Abril de 1786 el injuriado publicó la siguiente carta suscrita por el Dr. D. José Ignacio Bartolache:

«Sr. D. Manuel Antonio Valdés.—Muy Sr. mío: Sabe
»usted que en la *Gaceta de México*, núm. 53, pág. final,
»se estampó la siguiente *Queda empeñado*, etc. También
»sabe usted que no todos los lectores entendieron aquel
»capítulo como era regular entenderle, y que hubo su
»pedazo de carta anónima dirigida é esta oficina, en la
»cual redondamente se me trata (esto es un anónimo á
»otro) de judío y atrevido, quién sabe por qué ni para
»qué, y se nos conmina con castigo del cielo en la otra
»vida ó en ésta recayendo todo el conjuro... pero dejemos
»esto, que ya usted lo vió por entonces, y entrambos
»reimos y despreciamos la especie, quedando de acuerdo
»en que la intención del piadoso anónimo, autor de la
»citada carta, desde luego sería muy buena, aunque no
»tuviese reparo en escribir lo primero que le ocurrió,
»tuerto ó derecho, por falta de reflexión, y de estar ins-
»truído en la materia, sino quizá muy á la violeta, esto
»es, muy superficialmente; ¿qué sabemos lo que sería ni
»de dónde se produjo aquella rara y curiosa producción

»que conservo original! En fin, olvidando adrede el pasaje
»(ó como quiera nombrársele), proseguí cuan buenamen-
»te pude en mi propósito y tengo dado en el asunto al-
»gunos pasos, no poco importantes, todos ellos á fin de
»confirmar más y más al público y á cualquiera indivi-
»duo en particular que se mostrase incrédulo, en la firme
»persuasión y creencia en los términos de la fe humana,
»de que la sacrosanta Imagen que veneramos con el título
»de Nuestra Señora de Guadalupe, una legua al Norte de
»México, y á cuyo original llaman los indios mexicanos
»Nuestra limpia Señora Madre,» no es obra de mano de
»hombre, sino sólo de Dios, QUI FACIT MIRAVILIA SOLUS. Ya
»usted ve que esto se ha hecho muchas veces y de mil
»maneras, y sabemos que está muy auténticamente justi-
»ficado en la célebre información del año de 1666 que
»trae muy bien sumada el Padre Francisco de Florencia
»en su *Estrella del Norte de México*; con que si yo no
»hiciese algo más, sería lo mismo que no haber hecho
»nada. *Actum agere*.—No pienso así por cierto, y si es
»que me pareció intitular mi pobre opúsculo, tal cual
»saliese, con el título de manifiesto satisfactorio, protesto
»y aseguro sobre mi palabra de hombre de bien, que pro-
»cedí de bonísima fe, y sin aguardar á que se me impug-
»nase por mala inteligencia, y sólo quise indicar, que lo
»satisfactorio de mi parte y pobre caletre, podría ser á
»mayor abundamiento de pruebas, el constante prodigio
»guadalupano.—En fin, amigo mío, hallándome yo pre-
»cisamente en el mismo caso que el pobre Juan Diego, por
»lo tocante á su limitación y encogimiento, y no más,
»ruego á usted, para obsequio de Nuestra Señora de
»Guadalupe, procure dar de molde al público ó en capí-
»tulo de *Gaceta*, ó por vía de suplemento á mi carta, este

»papel y mande usted lo que guste á su afectísimo Seguro
»Servidor, Q. B. S. M.—*Dr. José Ignacio Bartolache.*»

En vista de esta carta volvió el público su aprecio á Bartolache, aguardando impaciente la primera publicación de su obra que detuvo cerca de tres años, mientras practicaba varias diligencias de inspección y reconocimiento de la Santa Imagen.

En Enero de 1789 dedicó su opúsculo al cabildo de la Colegiata, y á mediados del mismo año solicitó las licencias necesarias para la impresión.

Daba la última mano á su trabajo en 1790, cuando le sorprendió la muerte sin permitirle el gusto de verle salir á luz; su viuda resolvió entonces costear la edición con esperanza de proporcionarse algunos recursos que hiciesen menos penosa su situación.

El éxito correspondió á sus esperanzas, pues el impreso circuló por todo el reino, y todos á porfía querían poseerle á fin de recrear su devoción.

Aquí hace notar Conde y Oquendo que la lectura del opúsculo de Bartolache despertó desde luego la suspicacia de cuantos tuvieronle en sus manos, haciéndoles sospechar, no sin grave fundamento, que bajo el especioso título de *manifiesto satisfactorio* se embozaba una censura que en lo venidero podía ser nociva y tanto más perniciosa cuanto más afectaba ciertos toques de culto y devoción.

Su insistencia en llamarles la atención sobre determinados puntos que parecían estar fuera de discusión, su frialdad al rebatir los argumentos que él mismo ponía contra el milagro, el descontento que mostraba en aceptar las soluciones de acreditados autores, y la negativa de las más prodigiosas calidades reconocidas y pregonadas

por todos de la tosquedad y raleza del lienzo y total falta de *imprimación y aparejo*, que son los polos del milagro guadalupano, hicieron concebir dudas de la buena fe del autor.

Puso Bartolache porfiado empeño en que á su vista se hiciesen varios tejidos de palma y *maguey*, para demostrar que ninguno podía llegar á la finura del lienzo en que la Imagen está pintada, y después ocupó á cinco pintores en formar una copia idéntica en los tres estilos de pintura: ¿qué designio,—se pregunta Oquendo,—podía llevarse en operación tan prolija, sino el de que una vez colocada esta pintura en el mismo santuario, comprobase algún día la posteridad si era ó no maravillosa aquella concurrencia de diversos estilos que tanto se había engrandecido en otro tiempo, y pudiese vocear á grito herido el privilegio de la incorrupción del lienzo y la de su *costura y colores* contra la voraz carcoma de los siglos y la humedad y salitre de los aires del Tepeyac, dado caso que estos al cabo de años no hubiesen destruído la pintura?

Duda Oquendo que tal camino fuese el mejor y el más derecho para confirmar la creencia de que la Imagen de la Virgen es obra de Dios y no de los hombres, pero lo que sí afirma, es que en materias de creencia, basta un átomo de duda para derramar por todas partes el contagio de vivísimas sospechas, y dar pábulo á la incredulidad.

De la fama que por sus buenas cualidades disfrutó Bartolache, no podía sospecharse que en este asunto le guiasen malas intenciones, pero esto no impide que pueda acusársele de poco cauto, y en cierto modo comparársele al artificioso canónigo de Basilea Desiderio Erasmo, que

con sus dudas sobre los dogmas, dió al heresiarca Lutero las armas que más tarde esgrimió contra la iglesia, produciendo el más funesto y durable de todos los cismas.

Conde y Oquendo hace esta comparación de buena fe y sólo en lo relativo al uso que Erasmo y Bartolache hicieron de armas semejantes, pues aquél se disfrazó con máscara de piedad y éste con la de filosofía, y so color de retocar el prodigio de la celestial pintura, estuvo en riesgo de opacar algunos de sus más hermosos rasgos.

En el escrito que examinamos, Conde y Oquendo protesta no proceder con malicia contra Bartolache, pero censura su manía filosófica de meterse á discutir lo que no tiene necesidad de discusión, y en su censura envuelve á los que ensalzan á su antagonista y aun al cabildo de la Colegiata que ingenua y sencillamente franqueó la Santa Imagen, sin vidriera muchas veces, al examen de los ojos y manos del autor del *Manifiesto*, buenamente creído que si éste iba al Santuario rodeado de escribanos, de pintores y de testigos, era para poder dar con mayor autoridad pública fe de las maravillas del lienzo y de la pintura, y canonizar solemnemente el milagro; cuando lo que le vió hacer, después de todo, fué levantar una nube de dudas y reparos, y un montón de escrúpulos que abren camino á pensamientos y sospechas contra el milagro: «Sólo pido al cielo, añade, que no se publiquen en lo futuro semejantes *manifiestos satisfactorios*; la fe en México no necesita tales socorros.»

No fué, por lo tanto, el impugnar el opúsculo de Bartolache el único objeto y motivo de su obra, sino el de tejer una historia completa de la Aparición, es decir, crítica y apologética á la vez en la que no dejase mucho á desear ni al devoto, ni al curioso, ni al incrédulo. «Escribo para

» todos ellos, — dice, — y al paso que procuro inflamar al
 » uno en la devoción, aspiro á saciar en parte la curiosi-
 » dad del otro, y espero dejar bien domado y castigado al
 » perverso espíritu de crítica que pueda reinar, ya sea en
 » el teólogo, ya en el pintor, porque verán aquí examinado
 » rigurosamente el milagro de la pintura guadalupana,
 » según las máximas de la ciencia santa y las reglas de las
 » bellas artes.»

Hace notar en seguida que no es extraño á las bellas artes, pues desde niño se dedicó al dibujo y al grabado, se disculpa de haberse resuelto á salir en defensa del milagro guadalupano, antes que otras más autorizadas plumas, con la circunstancia de que ya llevaba tres años de publicado el opúsculo de Bartolache, sin que nadie hubiérale aún impugnado.

«Por último, — concluye, — lo que me ha metido más
 » calor y espuelas ha sido el considerar que no sé cuanto
 » viviré, y sí que en mi edad ya avanzada y achacosa, es
 » preciso que dentro de breves días me haya de llamar el
 » Señor á juicio y pedirá cuenta del único talento que se
 » dignó concederme, no para sepultarlo en tierra ni escon-
 » derlo en el sudario, sino para volverlo con usura al
 » padre de familias. Por tanto, quiero parecer en aquel
 » tremendo tribunal con este libro bajo el brazo, y espero
 » que saldrá entonces la Santísima Virgen, como mi ma-
 » drina, y abogada de pecadores, le tomará en sus manos,
 » le abrirá delante de Jesucristo y de los ángeles de Dios
 » y leyendo en su frontis este epígrafe: *Qui elucidant me,*
 » *vitam æternam habebunt*, dirá en alta voz á su divino
 » Hijo: *Sí, hijo mío; cumple mi palabra, ya ves que se la*
 » *tengo empeñada; y pues él me ha ilustrado y honrado,*
 » *según su posible, en vida, dale en premio la eterna.»*